



Hacia un psicoanálisis en los tiempos por venir

CLARA URIARTE

Desde hace ya varios años asistimos a una marcada preocupación entre los psicoanalistas acerca de los desafíos a los que se enfrenta el psicoanálisis y a los modos de abordarlos.

Si bien el porvenir del psicoanálisis no depende enteramente de sí mismo, puesto que está íntimamente ligado a las condiciones socioculturales que lo determinan, aun así los tiempos venideros estarán signados, en gran medida, por la manera en que afrontemos los problemas que nos plantean.

El psicoanálisis se asienta en un mundo muy distinto al de los siglos XIX y XX, en cuanto a pensar los trastornos psíquicos, a cómo acercarnos a las distintas problemáticas y a la relación con otras disciplinas, por lo cual mantener vivo el legado freudiano implica un debate siempre renovado acerca de los fundamentos teóricos de nuestra práctica y reformular los conceptos de modo de mantener vigente nuestra disciplina. En este sentido, es imprescindible destacar aspectos centrales en permanente estudio y revisión, tales como la vigencia de los postulados del psicoanálisis y, muy especialmente, los conceptos considerados esenciales: sexualidad, inconsciente, represión y conflicto psíquico. Un lugar relevante ocupan el estudio y la discusión acerca de las contradicciones nacidas en el interior de la teoría y de la práctica psicoanalíticas, así como su relación con otras disciplinas.

El modelo metapsicológico de una psicología que «va más allá de la conciencia» con la que Freud accede al psiquismo mantiene todo su valor para comprender el sufrimiento humano y su eficacia para intentar

modificarlo. Seguramente la fidelidad de los psicoanalistas no debería estar en el seguimiento de las obras completas de Freud, sino en lo que significó en aquel entonces y sigue significando una postura de ruptura teórica. Un aspecto de la enseñanza freudiana se relaciona con el modo de apropiación de los contenidos psicoanalíticos que implica siempre una postura de interrogación permanente, donde la forma en que esa apropiación tiene lugar sigue el camino señalado por la perspectiva teórica que dispongamos.

La humanidad atraviesa por aquello que podemos llamar una mutación en cuanto a las referencias culturales y simbólicas que nos sostienen, especialmente en lo que hace a los derroteros en la estructuración psíquica.

El hecho de que los nuevos ordenamientos no hayan llevado a una ruptura, a una desestructuración de las relaciones entre los hombres, permite suponer que no existe un modo, un camino que defina en forma única y definitiva, y mucho menos normativa, en el acceso a un orden simbólico en las relaciones entre sujetos. Es decir, no hay un modo único de subjetivación, ya que las configuraciones edípicas contemporáneas nos acercan a nuevas formas de paternidad.

La referencia al padre aceptada desde tiempos inmemoriales como única forma de subjetivación viene sufriendo transformaciones, lo cual significa que la crisis de la masculinidad es un reflejo de una crisis más profunda: la crisis de la atribución fálica como organizador social.

Lo que es posible constatar como imprescindible para que la organización psíquica tenga lugar es la presencia de un otro que organice, que separe la dupla narcisista madre-hijo.

Dentro de las transformaciones contemporáneas, los llamados nuevos modos de procreación están dentro de los que más polémicas logran suscitar.

Cabe preguntarse si es que habría diferencias significativas, por un lado, entre el investimento paterno o materno en el caso de un embarazo tradicional, y por otro, plantear cómo juegan los investimentos estructurales en otras alternativas, como son la fecundación *in vitro*, ausencia de uno de los padres, personas del mismo sexo.

Es posible aventurar que, en tanto se trate de hombres y mujeres atravesados por el Edipo, el conflicto y la castración, estarían dadas las posibilidades de base para la estructuración psíquica. Los llamados

paradigmas de base se mantienen más allá de las mutaciones en la subjetividad como efecto de las modificaciones histórico-culturales. Esto supone que el acceso al conocimiento que dichos paradigmas encierran es posible en tanto podamos trabajar con las contradicciones que inevitablemente contienen.

¿QUÉ LUGAR PARA EL PSICOANÁLISIS?

Una situación se da cuando el psicoanálisis se expresa sobre la dinámica de la paternidad, pero otra muy distinta sucede cuando se presenta como quien sabe exactamente los caminos por los que esa dinámica deba transitar. Y aquí tendríamos una de dos opciones: o el psicoanálisis se coloca como guardián de un orden simbólico supuestamente inmutable o, siguiendo el ejemplo de Freud, que siempre supo revisar la teoría a partir de los hallazgos de la práctica y de los cambios sociales, insistimos en el estudio acerca de cómo algunos presupuestos psicoanalíticos rigen para las nuevas configuraciones contemporáneas.

El psicoanálisis aporta, por un lado, una postura acerca de lo que constituye la dinámica de los elementos presentes en el funcionamiento psíquico, y por otro, evita una prescripción normativa de las condiciones de subjetivación. Lo que es esencial para que el sujeto se constituya lo encontramos en la posibilidad de ser simbólicamente reconocido por la palabra de otro, lo cual se encarna la mayoría de las veces en la palabra de los padres.

Lo que denominamos como función materna o función paterna no implica necesariamente la presencia de un hombre y una mujer. En ese sentido, la realidad anatómica de quien cría a un niño no sería un elemento fundamental para la construcción de la subjetividad del mismo. Esta construcción se encuentra más subordinada a la organización psíquica de quienes cuidan al niño, a cómo ellos se colocan en relación con las condiciones estructurales del Edipo y al lugar que el niño ocupa en el universo psíquico de los padres.

Nuestra manera de trabajar con los elementos intervinientes de la estructuración psíquica de un sujeto proviene de un posicionamiento teórico-clínico del cual inevitablemente somos consecuentes.

La práctica del psicoanálisis se encuentra en relación con el cuerpo teórico que la fundamenta, y este cuerpo teórico tiene que ser interrogado

según lo que va mostrando la práctica de cada momento para que esta pueda encontrar sus fundamentos en la teoría psicoanalítica.

Si partimos del presupuesto de que toda neurosis, grave o no, es posible pensarla como una organización psíquica donde habitan, junto con un inconsciente reprimido que hace posible el retorno en síntomas, lapsus, sueños, amplias zonas señaladas por inscripciones traumáticas que permanecen escindidas con escasas posibilidades de ligadura simbólica, si nos posicionamos en esta perspectiva teórica, se modifica sustancialmente nuestra escucha y, por lo tanto, nuestras formas de intervención.

Se trata, entonces, de mantener una escucha abierta ante las formas que va tomando el padecimiento humano, recreando modos de abordaje e intervención para las renovadas manifestaciones sintomáticas. Para que esto resulte posible, el analista deberá estar dispuesto a escuchar, siempre bajo transferencia, relatos crudos, actos violentos, silencios vacíos cual hojas en blanco que ponen en jaque nuestra posición analítica.

¿Hablar de distintas formas del padecimiento humano conduce necesariamente a pensar en distintas prácticas en psicoanálisis? No lo creo así, en tanto continuemos sosteniendo los conceptos básicos freudianos donde la práctica es una sola y mantiene su especificidad más allá de las distintas modalidades de trabajo.

Es posible sostener que el trabajo en análisis en nuestros días nos coloca frente a problemáticas que, en gran medida, no se enmarcan en las vías de tramitación del conflicto propias de las neurosis clásicas. No se trata de retornos de lo reprimido, propios de las formaciones del inconsciente, sino de vías de expresión que se deslizan hacia el cuerpo y la acción.

Asistimos a un mundo donde campean los excesos traumáticos, de descarga perentoria, angustias masivas con emergencia de lo siniestro, actuaciones que ponen al descubierto represiones fallidas. Estas problemáticas dan cuenta, al mismo tiempo, de fallas variadas: en los movimientos de narcisización, en el sostén, en la investidura, en la renuncia pulsional, en la ligadura y sustitución representacional, y conllevan todas ellas carencias en la simbolización y en las posibilidades de subjetivación. Podemos hablar de déficits y accesos traumáticos que remiten a lo incestuoso fruto de una seducción narcisista sostenida en atrapamientos originarios a los

objetos primordiales cuando esto ocurre, cuando la represión flaquea, el sujeto funciona predominantemente a través de la desmentida y escisiones.

Estos excesos y déficits conllevan carencias en el periplo identificatorio en todo lo que atañe a las posibilidades del trabajo con la pérdida en un *a posteriori* que dé espesor a la organización psíquica. Estamos pensando en situaciones que remiten a fracasos en los encuentros precoces con el otro que han dificultado una acabada instalación de la represión y una organización de un inconsciente cuyas formaciones privilegian el retorno por los senderos del síntoma, del sueño, del chiste.

Uno de los grandes desafíos del trabajo en análisis se centra en la búsqueda de caminos que hagan posible la reestructuración de aquello que quedó fuera de los movimientos primordiales de simbolización, en estado de percepción traumática y sometido a la compulsión de repetición. Ello requiere una ardua labor de parte del analista para lograr enlazar aquellas inscripciones en estado embrionario a representaciones cosas y, finalmente, a representaciones palabra.

En ese trabajo de análisis, la posibilidad de escucha de un analista depende en gran medida del contacto con sus propios sufrimientos, amores y odios. Aquel que huye del dolor y del placer sin saberlo no podrá reconocerlo en su paciente y dedicará tiempo a intervenciones que, en verdad, resultan agraviantes para el psiquismo, en tanto dejan al paciente sometido a lo más temido, al reavivar furias y soledades.

En cuanto a la intervención-interpretación, esta se ha modificado, podría decir que se aleja de la idea de perlaboración de las resistencias para volver a su acepción histórica, incluso literaria, de lo que significa interpretar: construir, inventar, intento de escucha para aquello que de otro modo permanecería inaudible.

Si bien la interpretación se anuda a la emergencia del deseo, esto no es todo en nuestros pacientes: el despliegue en transferencia de una repetición-reedición de anhelos reprimidos conlleva los riesgos de anclarse en un simplificado «aquí, ahora, conmigo». Debemos tener en cuenta que en transferencia asistimos además a la repetición compulsiva de restos traumáticos no simbolizados, lo cual plantea una ampliación de nuestros modos de intervención analítica.

Es bueno recordar que este trabajo con un paciente no constituye una mera «preparación» preliminar a un tratamiento propiamente analítico, sino que forma parte esencial del trayecto analítico, un trayecto consonante con los funcionamientos psíquicos en juego.

El psicoanálisis ha hecho un aporte valioso para pensar la condición humana, pero sin duda los cambios que se vienen operando en este siglo XXI, que algunos autores describen como una verdadera mutación civilizatoria, nos lanzan hacia renovadas reflexiones (Viñar, 2000).

Cuando Freud analiza en *El malestar en la cultura* (1930 [1929]/1990) las fuentes del sufrimiento humano, considera la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos entre los hombres en la familia, el Estado y la sociedad como la que ofrece los mayores desafíos. ¿Qué escribiría Freud hoy al respecto? No lo sabemos.

Nuestro abordaje, en tanto psicoanalistas, al sufrimiento es subsidiario al modelo de sujeto con el que nos manejamos para acceder al paciente de hoy. Por otra parte las transformaciones culturales nos replantean interrogantes acerca de los códigos que rigen las relaciones con el semejante en el mundo de hoy.

Se ha señalado reiteradamente cómo los cambios a nivel de los ideales y códigos culturales han provocado un quiebre en los valores tradicionales encargados de transmitir la impronta de las generaciones precedentes.

Los lazos sociales posibilitan un armado de un espacio que da sentido y ordena nuestras relaciones con los otros significativos. El lugar que habitamos, la familia con la que compartimos códigos comunes y nos reconocemos en gestos y lenguaje han perdido calidad de contención frente a otros espacios anónimos donde no existe identidad o historia.

En este panorama cabe la pregunta acerca del modo como se expresa hoy el sufrimiento psíquico.

Roudinesco (1999/2002) sostiene que, en estos tiempos de globalización económica, el sufrimiento se expresa bajo forma de depresión. El hombre herido en cuerpo y alma busca vencer el vacío pasando del psicoanálisis a la farmacología, de la psicoterapia a la homeopatía, sin tomarse tiempo para reflexionar sobre el origen de su desdicha. La individualidad sustituye la subjetividad, dándose a sí mismo una independencia sin deseo, una historicidad sin historia. Lejos de construir su ser a partir

de las determinaciones inconscientes, se imagina amo de un destino cuya significación reduce a una significación normativa. Por eso se liga a redes, grupos, colectivos, sin alcanzar afirmarse como sujeto.

Al modo de una forma atenuada de la antigua melancolía, la depresión domina la subjetividad contemporánea como la histeria de fines de siglo XIX reinaba en Viena a través de Anna O., la famosa paciente de J. Breuer.

La histeria no ha desaparecido, pero sucede que cada vez más es tratada en su vertiente depresiva. Así se ha enriquecido el abordaje de la histeria, pero el postulado de una subjetividad armándose en movimientos de ida y vuelta con un otro privilegiado tiende a borrarse a favor de una noción psicológica de «personalidad depresiva».

Cuando se plantea de esta forma la organización psíquica, lo que estaría en juego es el abandono del conflicto cómo núcleo de la formación subjetiva y su sustitución por una concepción psicológica. De este modo, la depresión no queda atada a una neurosis, psicosis o melancolía, sino que remitiría a una suerte de «estado de ánimo» interpretado como déficit, fatiga, debilitamiento de la personalidad.

Los estudios sociológicos muestran que la sociedad depresiva tiende a quebrar la esencia de lo propiamente humano, centrado en su posibilidad de interrogarse por sus desdichas. En una sociedad donde se privilegia exclusivamente el éxito material, muchos sujetos prefieren entregarse voluntariamente a sustancias químicas que hablar de sus sufrimientos íntimos. La posibilidad de enfrentar la adversidad resulta temida y el lenguaje queda opacado por el silencio. No hablemos de inconsciente, ni de deseo ni de culpabilidad. Se busca medir el déficit, la falla, el monto traumático, sin preguntarnos qué le ha dado origen.

Los analistas estamos habituados a trabajar con la vulnerabilidad de los seres humanos en la intimidad: vínculos violentos de sometimiento, pasajes al acto, adicciones. En el mundo de hoy, cada vez más asistimos a guerras genocidas, de exterminio, que nos interpelan sobre el destino de aquellos códigos básicos, consensuados, que rigen las relaciones con el semejante.

Acaso estamos asistiendo a una ruptura de los códigos de la cultura a los que apela cada sujeto para protegerse ante catástrofes, masacres, desigualdades sociales extremas.

Las nuevas tecnologías y su avance nos increpan en relación con nuestra subjetividad y su constitución. La pregunta sería si estos nuevos modos de organización modifican la percepción de la realidad o, por el contrario, los enigmas que aportan se mantienen. O mejor podemos preguntarnos si las nuevas tecnologías han cambiado nuestro modo de relación con la realidad.

A través de las nuevas tecnologías, asistimos a nuevas perspectivas de concebir lo humano que expresan preocupaciones de nuestro tiempo.

Los jóvenes de hoy se centran en la imagen, y no tanto en el relato propio de la narrativa clásica, planteándose de un modo distinto las posibilidades de la imagen; sin embargo, la búsqueda de sentido y la construcción del mismo se conservan.

Por lo tanto, cuando estos jóvenes o nosotros mismos accedemos a una información con la cual no contábamos hasta hace algunos años, lo esencial se mantiene, ya que esta búsqueda seguirá guiada por los intereses marcados por una subjetividad peculiar. Nuestras preocupaciones centrales, nuestros interrogantes y desafíos refieren a las mismas cuestiones centrales de tiempos pasados: amor, nacimiento, muerte. Pensemos en una película de ciencia ficción y cómo nos maravilla con sus despliegues de posibilidades técnicas en el vértigo de imágenes, sonidos y colores, donde sus héroes están tomados por lo que son nuestras preocupaciones de base: la vida, la muerte y el amor.

Cuando esto ocurre, lo que está en juego es una intensa libidinización del porvenir que aleja los riesgos de una detención nostálgica en el pasado.

Resulta esencial un compromiso permanente en sostener una posición crítica acerca de los efectos de nuestra práctica en nuestros pacientes –mantener una escucha abierta hacia las formas que va tomando el padecimiento humano–, crear nuevas perspectivas de abordaje clínico para las nuevas manifestaciones sintomáticas –revisar la manera en que quedan conmovidos los conceptos teóricos fundamentales, en razón de estos cambios–.

En tanto estemos disponibles para las nuevas ideas y nos dejemos sacudir en nuestras certezas y convicciones, estaríamos reeligiendo nuevamente el psicoanálisis. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1990). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 59-140). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Roudinesco, E. (2002). *Por qué el psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1999).
- Viñar, M. (2000). El psicoanálisis en el vértigo de la mutación civilizatoria; la práctica psicoanalítica en el contexto actual. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 91, 160-176.
- Viñar, M. (2021). Inquietudes en la clínica psicoanalítica actual. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 103, 22-39.